

AMÉRICO CASTRO Y SU OBRA. UN PAÍS EN BUSCA DE SU IDENTIDAD

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén*

La Universidad de Granada ha dedicado a la figura de Américo Castro una excelente exposición conmemorativa, que se inauguró el 22 de octubre de 2024 y ha estado abierta hasta el 10 de enero de 2025. El Comisario de la exposición ha sido José Antonio González Alcantud, académico correspondiente de esta institución, y autor de la monografía *Américo Castro y la Historia de España: Una escuela historiográfica influyente en el pasado, decisiva para el futuro* (Córdoba, Almuzara, 2024), obra cuya presentación pública tuvo lugar en esta Academia el 16 de enero de 2024.

AMÉRICO CASTRO Y EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD HISPÁNICA

Américo Castro fue un estudioso de la lengua española, formado en la escuela de don Ramón Menéndez Pidal y colaborador suyo en la fundación del Centro de Estudios Históricos en 1910. Ganó la cátedra de Historia de la Lengua Española de la Universidad de Madrid en 1915. La Segunda República le nombró embajador en Berlín en 1931. En la Guerra Civil se exilió, primero en Argentina y luego en los Estados Unidos, donde enseñó en las Universidades de Wisconsin (1937-39), Texas (1939-40), Princeton (1940-53) y California en San Diego (1953-1968). Volvió a España en 1968 y falleció en 1972. Como a tantos otros españoles, la Guerra Civil produjo en él una crisis vital e intelectual que le llevó a cambiar de rumbo en su investigación y preguntarse por lo que a

* Sesión del día 21 de enero de 2025.

veces se ha llamado el cainismo histórico del español. Su objetivo, casi su obsesión fue, como la de tantos otros intelectuales de su generación, explicar la peculiaridad de España, como medio de desenmascarar las causas ocultas del guerracivilismo español, a fin de que el fenómeno desgarrador de la guerra civil no volviera a repetirse entre nosotros¹.

UNA INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA DE ESPAÑA DESDE LA FILOLOGÍA Y LAS FUENTES LITERARIAS

Como su maestro Menéndez Pidal, Américo Castro fue un filólogo hispánico que desde el estudio de las fuentes literarias, que manejaba a la perfección, acabó elaborando una interpretación nueva y peculiar de la historia de España. Él vio que los textos literarios decían e insinuaban cosas que la historiografía tradicional había pasado por alto, y que sin embargo eran fundamentales para entender los problemas de identidad del pueblo español.

EL SIGLO XX Y EL PROBLEMA DE LA «IDENTIDAD»

La pregunta por la «identidad» es muy reciente. Ha surgido cuando eso de la identidad ha dejado de ser obvio y se ha convertido en problema. De hecho, el término «identidad» ha cobrado especial relevancia en el siglo xx, cuando los psicólogos, y sobre todo los psicoanalistas, comenzaron a estudiar el modo como los seres humanos construimos nuestra propia personalidad. Según parece, hoy los jóvenes tienen muchos más problemas de identidad que nunca antes. Algo que no solo sucede con los individuos sino también con las colectividades².

Lo grave es que sin identidad no es posible vivir. Seremos o no conscientes de nuestra identidad, pero solo a partir de ella podemos desempeñar eso que los sociólogos llaman el «rol», nuestro rol, y por tanto ocupar nuestro puesto en la sociedad. La identidad nos define no solo de modo individual sino también social y colectivamente³.

¹ CASTRO, A., *Obra reunida*, Madrid, Trotta, Vol. 1, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, Madrid, 2022; Vol. 2, *Cervantes y los casticismos españoles y otros estudios cervantinos*, Madrid, Trotta, 2022; Vol. 3, *España en su historia. Ensayos sobre Historia y Literatura*, Madrid, Trotta, 2021; Vol. 4, *La realidad histórica de España y otros ensayos*, Madrid, Trotta, 2021.

² Cf. GRACIA, D., *En busca de la identidad perdida*, Madrid, Triacastela, 2020.

³ Cf. DURÁN, M., «Américo Castro y la identidad de los españoles», en Aranguren, Bataillon, Gilman, Laín, Lapesa y otros, *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 79-91.

IDENTIDAD INDIVIDUAL E IDENTIDAD COLECTIVA

Si la identidad individual es ya problemática, lo es mucho más la identidad colectiva. Identidad tienen las personas individuales, pero nos cuesta mucho más aplicar esa condición a los colectivos, como pueden ser los pueblos o las naciones. Sin embargo, entendemos también que estas realidades supra-individuales tienen su idiosincrasia propia, y por tanto su propia identidad, que diferencia claramente unas de otras. Lo problemático está en determinar qué es lo que dota de identidad a un colectivo.

CRISIS DE IDENTIDAD Y PÉRDIDAS DE IDENTIDAD

Las identidades se adquieren y también se pierden. En las colectividades, de igual modo que en los individuos, la identidad no es algo logrado desde el principio, ni tampoco para siempre, razón por la que hablamos, y con razón, de «crisis de identidad», «pérdidas de identidad» y «conflictos de identidad».

EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD HISPÁNICA: LAS GENERACIONES DEL 98 Y DEL 14

En el caso de España, el siglo xx se abrió con una crisis de identidad colectiva. Es la que se conoce con el nombre de «crisis del 98». A ella intentaron dar respuesta algunos de los miembros de esa generación, como Unamuno (*En torno al casticismo*, 1895) y Ganivet (*Idearium español*, 1897). Unamuno nació en 1864 y Ganivet en 1865. Ortega vio la luz casi veinte años después, en 1883, y se convirtió en el personaje más representativo de la generación inmediatamente posterior a la del 98, la llamada «generación del 14», que heredó de aquella la preocupación por el problema de España. Fruto de ello fue su libro *España invertebrada*, de 1921. No fue el único. Baste citar a Gregorio Marañón, nacido en 1887, cuatro años después que Ortega, por tanto miembro de la misma generación, y autor de múltiples reflexiones sobre la identidad de España, entre ellas el libro que lleva por título *Raíz y decoro de España*, publicado en 1933. Esta fue también la generación de Américo Castro, nacido en 1885, dos años después de Ortega y otros dos antes de Marañón, lo que le convierte en contemporáneo suyo y miembro de la misma generación.

El análisis del tema de España fue sensiblemente distinto en ambas generaciones. En lo que sigue analizaré brevemente los enfoques más usuales en la historiografía del siglo xix, para luego ver, por contraste, el propio de Ortega, ya que él influyó de modo decisivo en los demás miembros de su generación, y concretamente en Américo Castro.

LAS RESPUESTAS CLÁSICAS

Primera respuesta: La identidad viene determinada por el «medio» físico y geográfico: el territorio y el carácter psico-físico de sus pobladores

Esta idea de que la naturaleza física es la determinante de la identidad de los pueblos se encuentra ya formulada en los orígenes de nuestra cultura occidental, y más en concreto en la filosofía griega, para la que las colectividades, lo que ellos llamaban *póleis*, tenían, como las personas, su propia *physis* o naturaleza, que condicionaba la naturaleza de sus habitantes. Como los individuos, las colectividades estaban dotadas de «constitución» (*katástasis*) y carácter. Hay textos hipocráticos muy relevantes a este respecto, que han tenido un influjo histórico persistente en nuestra cultura. El más conocido es sin duda el titulado *Sobre los aires, las aguas y los lugares*. Como su propio título indica, establece una correlación directa, no solo entre la constitución física y el carácter de las personas individuales, sino también con el de los pueblos. Allí se dice:

«Comprobarás que, en general, el aspecto y las costumbres de los hombres se acomodan a la naturaleza del país. Por tanto, donde la tierra es fértil, blanda y abundante en agua, donde las aguas están a flor de tierra, de suerte que son calientes en verano y frías en invierno, y donde la situación es buena respecto a las estaciones, allí los hombres son carnosos, de articulaciones poco destacadas, húmedos, nada sufridos y de espíritu cobarde, en general. La pereza y la somnolencia reinan entre ellos; para las artes son bastos, carentes de finura y sin agudeza. En cambio, cuando el país es pelado, pobre en agua y escabroso, azotado por el invierno y abrasado por el sol, allí los habitantes son duros, secos, bien articulados, vigorosos y velludos. Notarás que en naturalezas de tal índole radican la extrema laboriosidad y la actitud vigilante; que, por su carácter y comportamiento, son orgullosos y obstinados; que tienen más de salvaje que de civilizado; que son peculiarmente agudos e inteligentes para las artes y bastante aptos para la guerra, y que todo lo demás que se produce en la tierra está en consonancia con el país. Así son las naturalezas y aspectos más opuestos entre sí. Si te vales de estas pruebas para estudiar lo demás, no cometerás errores»⁴.

Esta idea de que el carácter deriva del temperamento físico o fisiológico, fue usual en toda la medicina hipocrático-galénica. Galeno, de hecho, escribió un libro titulado *Que las costumbres del alma derivan de la complexión humoral del cuerpo*⁵. Esta idea continuó vigente a largo de la Edad Media. E

⁴ Corpus Hippocraticum, *Aires, aguas y lugares*, 24.

⁵ *Galeni Opera Omnia*, ed. Kühn, Leipzig 1823, reprod. Hildesheim, Olms, 1964, vol. IV, 767-822.

incluso en el Renacimiento, un médico y teólogo español, Miguel Servet, en sus comentarios a la *Geografía* de Ptolomeo, pone en relación los caracteres nacionales con las características naturales propias de cada región geográfica⁶. Al margen de este determinismo psico-físico que ha dominado la cultura occidental durante tantos siglos, no se entiende el tema que tanto ocupó y preocupó a Américo Castro, la «limpieza de sangre» y la división tajante de la sociedad española en dos castas distintas y entre sí excluyentes, la de los «cristianos viejos» y los «cristianos nuevos».

Segunda respuesta: La identidad providencialista o teológica: ejemplarismo y tradicionalismo.

El tradicionalismo fue en el siglo XIX el heredero de la teología medieval, para el que las naciones son «ideas ejemplares», según la expresión de los teólogos medievales, las ideas que Dios tiene desde toda la eternidad de los países, y concretamente de este que llamamos España. Esa especie de teología política es la que se encuentra en las obras de los grandes tradicionalistas, Joseph de Maistre y Louis de Bonald en Francia y Juan Donoso Cortés en España. Su influjo en el siglo XX ha sido también grande, en autores como Carl Schmitt, en Alemania, y José Antonio Primo de Rivera, que definía España, siguiendo el ejemplarismo de la teología católica, como «la unidad de destino en lo universal»⁷. En una nota de su libro *Menéndez Pelayo*, publicado en 1944, escribía Laín Entralgo:

«Tal fue el propósito cardinal de José Antonio. Aceptaba, desde luego, la idea histórica de nación; pero, en lugar de tomarla como un biológico genio o «espíritu del pueblo» (nacionalismo romántico), como una concreción histórica

⁶ SERVET, M., *Comentarios a la Geografía de Ptolomeo*, en *Obras Completas*, Vol. III, «Escritos científicos», Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2005.

⁷ El libro programático de Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo* se abre con este párrafo en que él definió su «ejemplarismo» teológico, que luego reaparece en José Antonio Primo de Rivera y en Pedro Laín Entralgo: «La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas. Todas ellas estuvieron antes de que fueran y están después de creadas en el entendimiento divino; porque, si Dios las hizo de la nada, las ajustó a un molde que está en Él eternamente. Todas están allí por aquella altísima manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares. En Él están juntamente la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas; y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los seres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive, encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetación; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la ley de las sensaciones; todo el que tiene inteligencia, la ley de los entendimientos; todo el que tiene libertad, la ley de las voluntades. De esta manera puede afirmarse, sin caer en el panteísmo, que todas las cosas están en Dios y que Dios está en todas las cosas» (DONOSO CORTÉS, J., *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Madrid, Rivadeneyra, 1851, pp. 3-4).

del Espíritu en su evolución dialéctica (Hegel), o como un «plebiscito de todos los días» (Renan), la entendía como una idea ejemplar en la mente de Dios (la «eterna metafísica de España»), a la cual han de dar forma, adivinándola *desde* cada una de las ocasionales situaciones históricas, los españoles de esta España física e histórica. Los hombres dan forma a la «idea ejemplar», analógicamente expresable a lo largo de la Historia, mediante su acción personal, a la vez libre y comunal, y a través de sus *condiciones naturales*, más o menos modificables por la voluntad (temperamento nativo, geografía, etc.), y de sus diversas *situaciones históricas* (Contrarreforma, siglo xix. Estado del siglo xx, etc.). El destino de España, uno en cuanto los españoles quieran perseguir esa «idea ejemplar» (grandeza católica de España, bienestar de los españoles, etc.), se diversifica históricamente por vía de analogía, no por vía de equivocidad. Frente a la univocidad de la tradición «con ánimo de copia» y a la equivocidad del sufragio permanente, se afirma una tomista analogía «con ánimo de adivinación». Pero la línea de ese «destino» puede perderse si la libre y pecable voluntad de los españoles deserta de su deber histórico ante España. Una nación «histórica» es, por definición, una entidad siempre en peligro de desaparecer⁸.

Este esencialismo tradicionalista, en apariencia medieval, suponía ya un cambio muy importante respecto de la idea escolástica. En esta, en efecto, como también sucedió en la filosofía griega, las sociedades y los Estados tenían realidad, exactamente igual que los seres humanos, los árboles o las piedras. Cada una de esas realidades se caracterizaba por ser o tener, dirán los medievales, *unum per se physicum*. Fue ya entrado en el mundo moderno, en autores como Francisco Suárez, cuando empezó a considerarse que las estructuras sociales no eran realidades sustantivas, como los árboles o las personas, sino que estaban dotadas de una unidad distinta de la física, que Suárez llamó «unidad moral» (*unum per se morale*). Por tanto, los países, las naciones, eran *unum per se*, tenían realidad, pero no física, sino moral. Es la idea que se encuentra en la base del contractualismo moderno.

Tercera respuesta: La identidad positivista: la mecánica social

A ese idealismo esencialista de los teólogos, que se hacían preguntas metafísicas, como la de «qué es» una nación, o «qué es» España, siguió el po-

⁸ LAÍN ENTRAIGO, P., *Menéndez Pelayo: Historia de sus problemas intelectuales*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944, p. 186, nota 1. El tema reaparece páginas después (p. 230, nota 1): «Véase lo que antes dije acerca de la intuición de José Antonio, que ve la continuidad histórica de la nación—aparte las razones temperamentales o raciales, siempre secundarias y adjetivas—en la libre fidelidad con que los hombres “adivinan” y siguen una *idea ejemplar* de la nación en la mente divina (la “eterna metafísica” de España). La continuidad histórica de una nación no es cosa de *genio*, sino de *libertad*, y por lo tanto puede perderse. Recuerdo aquí la curiosa distinción entre “esta España y la celeste”, que hizo Unamuno en su hermoso soneto “Al Dios de España”.»

sitivismo, para el que la realidad de las estructuras suprapersonales o sociales no se rige por ideas teológicas o providencialistas, sino que obedece a leyes científicas similares a las de la mecánica celeste de Newton. De ahí que Comte definiera la sociología como «física social»⁹. Esa mecánica tenía sus propias leyes empíricas, como son las leyes de Newton, lo que llevó a pensar que la historia de los pueblos, la que empezó a llamarse historia social, debía regirse por unas leyes similares a las de la Física, de tal manera que existirían leyes supraindividuales, rectoras de la dinámica, tanto de la sociedad como de la historia.

Cuarta respuesta: La identidad racial: el «genio de la raza»: degeneracionismo y regeneracionismo

En el siglo XIX se dio otra respuesta, basada no ya en la constitución física, como la primera, sino en una variante suya que es la idea de raza. «En medio de las razas innumerables»¹⁰, escribe Ortega, hay una, la española. Hay razas superiores y otras degeneradas. Esta tesis, cuyas raíces se hunden en lo más profundo de la cultura occidental, cobró un rostro más «científico» en las décadas finales del siglo XIX, como resultado del descubrimiento de las leyes de la genética. Los biólogos comenzaron a defender entonces la existencia de rasgos biológicos que denotaban el deterioro biológico de ciertos grupos humanos, y empezó a hablarse de la degeneración biológica de determinados pueblos, y de pueblos degenerados y razas degeneradas. De este modo, el llamado «degeneracionismo» se convirtió en un pretendido hecho científico, que permitía clasificar a los individuos y a los pueblos en superiores e inferiores. Contra esa moda pretendidamente científica se levantaron algunas voces, no demasiadas. En España, contra ella reaccionó, entre otros, Lucas Mallada en su obra *Los males de la patria*¹¹. Cajal, que utilizaba mucho la palabra «raza» en sus escritos, se hizo eco de esta teoría de la degeneración en *Reglas y consejos sobre investigación científica*, no con el objetivo de apoyarla sino de combatirla, y dice que España, que para muchos centroeuropeos era un típico caso de raza degenerada, no es un país degenerado sino ineducado¹². Al afirmar esto, Cajal estaba oponiendo al degeneracionismo la tesis de su compatriota y amigo Joaquín Costa, «el león de Graus», de que no hay razas degeneradas sino maleducadas. Fue la tesis básica del movimiento «regeneracionista» que promovió Costa. Con todas estas especulaciones intelectuales acabó el abuso que de la categoría de raza se hizo en la época nazi, razón por la cual el término

⁹ Cf. COMTE, A., *Física social*, Madrid, Akal, 2012.

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, en *Obras Completas*, vol. I, Madrid, Taurus, 2004, p. 791.

¹¹ MALLADA, L., *Los males de la Patria y la futura revolución española*, Madrid, 1890, cap. II, «Defectos del carácter nacional.»

¹² RAMÓN Y CAJAL, S., *Reglas y consejos sobre investigación científica* (Textos.info: Biblioteca digital abierta, 2022): «España no es un pueblo degenerado sino ineducado» (p. 134).

fue cayendo en desuso hasta prácticamente desaparecer en los años de la Segunda Guerra Mundial.

Quinta respuesta: La romanización dotó de identidad a España: Menéndez Pelayo

La historiografía del siglo XIX situó por lo general el surgimiento de la identidad hispánica en el hecho de la romanización. Antes que nada, porque España es un nombre propio acuñado por los romanos. *Hispania* fue un topónimo, la designación de un territorio. Y fue también un gentilicio, el nombre dado a los habitantes de ese territorio. Pero además de eso, los romanos fueron quienes dotaron a España de unos valores, de un modo de ver la vida, dentro de un marco cultural específico, el llamado occidental. La romanización dotó de identidad cultural y humana a España. Y como la romanización trajo también el cristianismo a nuestras tierras, resulta que la religión cristiana se convirtió en una de señas distintivas de lo español. Tal fue, por ejemplo, la tesis defendida por Menéndez y Pelayo. Para él la identidad española se logró durante los siglos de dominación romana de España, con la formación de lo que denominó «la raza hispanorromana, la verdadera y única *raza española*»¹³. Los visigodos no pertenecían a esa raza y por tanto no debían ser tenidos por españoles. Menéndez Pelayo lo dijo expresamente: «Los visigodos no eran españoles»¹⁴. Las invasiones bárbaras, que encima profesaban el arrianismo, las vio como extrañas por completo a esa identidad hispano-romana, que fue la que acabó imponiéndose a los propios visigodos y la que luchó denodadamente contra el Islam. Esto explica el juicio sumarisimo e implacable de Menéndez Pelayo sobre los visigodos:

«Los visigodos nada han dejado, ni una piedra, ni un libro, ni un recuerdo, si quitamos las cartas de Sisebuto y Bulgoranos, escritas quizá por obispos españoles y puestas a nombre de aquellos altos personajes. Desengañémonos: la civilización peninsular es romana de pies a cabeza, con algo de semitismo; nada tenemos de teutónicos, a Dios gracias. Lo que los godos nos trajeron se redujo a algunas leyes bárbaras y que pugnan con el resto de nuestros códigos, y a esa indisciplina y desorden que dio al traste con el imperio que ellos establecieron»¹⁵.

«La raza que se levantó para recobrar palmo a palmo el suelo nativo era hispano romana; los buenos visigodos se habían mezclado del todo con ella»¹⁶.

¹³ MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, Vol. 1. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1998, I, 142.

¹⁴ *Heterodoxos* I, 247.

¹⁵ *Heterodoxos* I, 268.

¹⁶ *Heterodoxos* I, 250.

LA RESPUESTA DE LA «GENERACIÓN DEL 98»: UNAMUNO

La «intrahistoria» como forjadora de identidad

Lo que Menéndez Pelayo llamaba el «genio de la raza», por influjo de la teología medieval y de la ciencia del siglo xix, en Unamuno se convierte, en este caso por influjo del *Volksgeist* de Fichte y Herder, en «intrahistoria». En el epílogo de *En torno al casticismo*, titulado «Sobre el marasmo actual de España», escribe:

«Cuando se afirma que en el espíritu colectivo de un pueblo, en el *Volksgeist*, hay algo más que la suma de los caracteres comunes a los espíritus individuales que le integran, lo que se afirma es que viven en él de un modo o de otro los caracteres todos de todos sus componentes; se afirma la existencia de un nimbo colectivo, de una hondura del alma común en que viven y obran todos los sentimientos, deseos y aspiraciones que no concuerdan en forma definida, que no hay pensamiento alguno individual que no repercuta en todos los demás, aun en sus contrarios, que hay una verdadera subconciencia popular. El espíritu colectivo, si es vivo, lo es por inclusión de todo el contenido anímico de relación de cada uno de sus miembros»¹⁷.

LA RESPUESTA DE LA GENERACIÓN DEL 14: ORTEGA Y GASSET

Al comienzo del siglo xx, en 1914, escribía Ortega en las *Meditaciones del Quijote*:

«Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida en el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?»¹⁸.

Insuficiencia de las respuestas decimonónicas

El texto de Ortega continúa así:

«¿Dónde está –decidme– una palabra clara, una sola palabra radiante que pueda satisfacer a un corazón honrado y a una mente delicada, una palabra que

¹⁷ UNAMUNO, M. de, *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 142.

¹⁸ ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1981. vol. I, 791.

alumbra el destino de España? ¡Desdichada la raza que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad; que no siente la heroica necesidad de justificar su sentido, de volcar claridades sobre su misión en la historia!»¹⁹.

España como «empresa» colectiva

1914 es también el año del comienzo la Primera Guerra Mundial, la fecha en que para muchos se produjo el verdadero cambio de siglo, finalizando el siglo XIX y dando comienzo el XX. Ortega mira hacia atrás, a la historiografía del siglo XIX y no encuentra respuestas adecuadas a la pregunta por qué es España, y por eso lanza la pregunta hacia delante, dado que todavía no ha recibido una respuesta adecuada. Ortega piensa, por ello, que hay que pasar página, y plantearse el problema de España de un modo nuevo y distinto a los hasta entonces vigentes.

«En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida en el ayer ilimitado y el mañana sin fin...»

En esto resume las respuestas del siglo XIX: la geográfica y la racial. Para él, como para otros muchos intelectuales europeos, la Gran Guerra de 1914-18 fue la demostración palmaria del fracaso de las ideas vigentes durante la centuria anterior. Cuando se pregunta: «¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?», es para buscar una respuesta distinta a las dadas en el siglo XIX. Él no cree que España sea un hecho geográfico o biológico sino una empresa humana, un proyecto vital, un modo humano de vivir y de ser, un compromiso moral, un consenso de valores. Esto es lo más típico de los enfoques y acercamientos propios del siglo XX.

Ahora bien, si España es un consenso de voluntades, un proyecto común, entonces será preciso definirlo y determinar el momento en que se constituye como tal.

España comienza en el periodo visigodo, en la lucha frente a los invasores árabes

La idea de Ortega es que los pueblos construyen su vida como los individuos, a base de valores más que sobre hechos, y que por tanto para entender un pueblo es necesario explorar sus valores. Hay que superar los enfoques positivistas, que más que ayudar, dificultan la comprensión de los fenómenos.

¹⁹ *Ibid.*, 791.

Ortega, como la mayor parte de los historiadores del siglo xx, quiere plantearse el tema de España de otro modo, menos naturalista y positivista que los clásicos. Es un tema que le preocupó mucho, como lo demuestran las citas anteriores. Su respuesta se encuentra en diversos escritos suyos. Y siempre es la misma: España comienza en el periodo visigótico. Los visigodos, como es bien sabido, procedían de centroeuropa. Llegaron a España y en ella se establecieron. Pronto tuvieron que definir su propia identidad frente a los invasores árabes. Y en esa lucha se embarcaron en un proyecto común. España dejó de ser un mero toponímico para convertirse en la seña de identidad de un pueblo, empeñado en una empresa común, la reconquista de la península.

Ortega tenía muy claro que eso dio a España una identidad propia entre los países europeos, pero siempre dentro de Europa. No en vano los visigodos habían venido del norte de Europa y se consideraban parte suya. La lucha contra el invasor que procedía del sur y del oriente, por lo demás, afianzaba su identidad europea u occidental. De este modo, España se constituyó como un proyecto político e histórico con una clara identidad europea que le llevó a luchar contra el moro y, poco a poco, a ir cobrando una creciente identidad propia dentro de los pueblos europeos, que alcanzará su madurez a finales del siglo xv.

Leamos ahora un texto de Ortega. Pertenece al último artículo que publicó en vida, titulado «La Edad Media y la idea de nación.» (1955). Dice así:

«La historia de Europa, señores, que es la historia de la germinación, desarrollo y plenitud de las naciones occidentales, no se puede entender si no se parte de este hecho radical: que el hombre europeo ha vivido siempre, a la vez, en dos espacios históricos, en dos sociedades, una menos densa, pero más amplia, Europa; otra más densa, pero territorialmente más reducida, el área de cada nación o de las angostas comarcas y regiones que precedieron, como formas peculiares de sociedad, a las actuales grandes naciones. Hasta tal punto es esto así que en ello reside la clave para la comprensión de nuestra historia medieval, para aclararnos las acciones de guerra y de política, las creaciones de pensamiento, poesía y arte de todos aquellos siglos. La estructura de la vida y el alma del hombre gótico está basada en esta circunstancia peculiarísima de que pueblos nuevos, cuya mentalidad era tierna y elemental –en unos, porque pertenecía a los adolescentes pueblos germánicos; en otros, los pueblos de antiguo romanizados, porque la decadencia de la civilización antigua los había retrotraído como a una segunda infancia–, se encontraban en la necesidad de vivir una doble vida. Por una parte vivían, tanto el señor feudal como el labriego en su terruño, en su gleba de angostísimo horizonte. Ésta era la porción más densa, más íntima, más adecuada a sus medios mentales. Pero por otra, se sentían perteneciendo a un enorme espacio histórico que era todo el Occidente, del cual les llegaban muchos principios, normas, técnicas,

saberes, fábulas, imágenes; en suma, el organismo residual de la civilización romana»²⁰.

Un proyecto sugestivo de vida en común: el goticismo

La tesis de Ortega es que en el periodo gótico se constituyó la conciencia europea más que la conciencia nacional, que germinaría lentamente y llegaría a su apogeo mucho más tarde, en el siglo xvi, de tal modo que la idea de Occidente es anterior a la de nación.

«Ningún pueblo europeo se hubiera reconocido a sí mismo como nación, pongamos, frente a los árabes. La diferenciación consciente de éstos hubiera tenido, y en efecto tuvo, otro sentido. Fue la contraposición al Islam. Pero esta contraposición pertenece también a la estructura de la Edad Media occidental, y constituye otra dualidad más amplia que no es ya la de Europa y Nación, sino la de Oriente y Occidente»²¹.

Bien entendido que en esa época Occidente se identificaba con Europa. Dentro de esa unidad que es Europa van surgiendo, lentamente, las nacionalidades. También éstas se iniciaron en la época gótica. Ortega considera que los visigodos fueron los pueblos germánicos menos vitales, y que a ello se debió la debilidad del feudalismo español. En cualquier caso, la nacionalidad española sólo se alcanzaría siglos después. En *La España invertebrada* Ortega se encargó de explicar qué entendía por nación o nacionalidad.

«En toda auténtica incorporación, la fuerza tiene un carácter adjetivo. La potencia verdaderamente sustantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, *un proyecto sugestivo de vida en común*»²².

Y este proyecto, en el caso de España, lo creó Castilla.

«No se le dé vueltas: España es una cosa hecha por Castilla»²³.

El proceso lo coronaría Fernando de Aragón, en el tránsito entre la Edad Media y el Mundo Moderno.

²⁰ ORTEGA Y GASSET, J., «La Edad Media y la idea de Nación», *Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 2006. vol. VI, 955.

²¹ *Ibid.*, p. 959.

²² ORTEGA Y GASSET, J., *España invertebrada*, en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 2005, vol. III, 442.

²³ ORTEGA Y GASSET, J., *España invertebrada*, en *Obras Completas*, vol. III, 447.

Ramón Menéndez Pidal y la literatura épica como generadora de identidad

El estudio de la raíz gótica de España fue uno de los objetivos historiográficos, si no el principal, de la ingente obra filológica e histórica de Ramón Menéndez Pidal. Estudiando la épica medieval creyó descubrir la formación de la comunidad política e histórica española. Esa épica hispana surgió en el periodo visigótico, por más que no se recuperara hasta el siglo XII. Para establecer la conexión entre esos dos momentos, tuvo que postular la existencia de lo que llamó el «estado latente», el influjo o la relación de causalidad entre dos fenómenos distantes en el tiempo. Para Menéndez Pidal, los orígenes de nuestra épica fueron rigurosamente visigóticos. De ahí que escribiera:

«que ni en la literatura latina clásica ni en la medieval hay nada de donde pudiera proceder ese género de poesía historical cantada, ese género épico de los cantares de gesta, y que la única explicación razonable consiste en enlazarlo directamente con los cantos historiales de los pueblos germanos, que sabemos con certeza haberse continuado en la Hispania visigoda y en la Galia merovingia y carolingia»²⁴.

No en vano Isidoro de Sevilla exhortaba a los jóvenes a que escuchasen los *carmina maiorum*, a fin de que al escucharlos se sintieran impulsados a imitar sus glorias. Y comenta José Antonio Maravall:

«De ahí la continuidad del mito goticista entre nosotros, y su vigorización con posterioridad a la invasión musulmana. Ello dará lugar a que en los siglos X, XI y XII aparezcan sentimientos y costumbres, mitos y leyendas, manifestaciones de cultura de carácter germánico que habían permanecido en estado latente. Apoyan esta interpretación algunos datos muy concretos, tales como la perduración de la leyenda del rey Rodrigo, la presencia en la España medieval de la leyenda de Walter de Aquitania, y la tan singular de la liberación del pueblo por el precio de un caballo, que, presente en la *Historia* de Jordanes, es utilizada tardíamente por el poeta del cantar de Fernán González»²⁵.

La tesis de Menéndez Pidal es que es en la épica donde hay que encontrar los orígenes de España y de sus peculiaridades en el contexto europeo.

«La épica española tiene un desarrollo mucho más retardado que la francesa, y permite afirmar el carácter popular y arcaizante de la juglaría española. Pero, a la vez, nos aclara otro aspecto de la vida común española: en ésta, los motivos

²⁴ MENÉNDEZ PIDAL, R. *Los godos y la epopeya española*, p. 39. Citado por Maravall, *art. cit.*, p. 82.

²⁵ MARAVALL, J. A. «Menéndez Pidal y la renovación de la historiografía», *Revista de Estudios Políticos*, 1959;5:49-97. Cita en pp. 82-83.

épicos parecen conservar mucho más largamente su vigencia, porque el estado de integración de la comunidad, dada su condición periférica en el conjunto europeo, ha permanecido siempre inestable y en pugna con factores adversos, manifestando una capacidad constante y siempre renovada de solidaridad en un destino. A la epopeya ha correspondido un papel de aglutinante, con el que ha cumplido a través de múltiples metamorfosis, en las cuales, sin embargo, se ha conservado siempre un sentido político que aun antes de hora, podemos llamar nacional»²⁶.

El espíritu de la epopeya como aglutinante de la concepción política de Hispania pasó luego a las Crónicas, en especial a la *Crónica General* de Alfonso X. La poesía juglaresca de los cantares de gesta se extingue en el siglo XIII, pero encuentra su continuación en otras formas literarias, como los romances y las crónicas.

«La epopeya dio a la Crónica, en virtud del verismo a que aquélla se atiene, una gran masa de materia historiable; pero sobre todo le dio una concepción política de su objeto, como historia de una comunidad, que fue decisiva en el desarrollo del género. A ello se debe que España ofrezca las primeras manifestaciones de una Historia nacional, antes que en los otros países europeos, y en forma que todavía sorprendía a historiadores franceses del siglo XV. Epopeya y Crónica tienen siempre un estrecho parentesco, pero en España esa relación es aún más próxima y se mantiene más largo tiempo»²⁷.

Conclusión: el origen de España está en los cantares de gesta de la época visigoda

A partir de aquí, se entiende la idea de la historia de España propia de Menéndez Pidal. España no es una creación castellana, ni tampoco el resultado de la expansión militar o guerrera de Castilla. Los orígenes de España hay que buscarlos más atrás, en las canciones de gesta de la época visigótica, que a través del «estado latente» de Menéndez Pidal, reaparecen a la altura de los siglos XI, XII y XIII, lo que hará que a la altura del siglo XIV

«tomen parte en su desarrollo todos los pueblos hispánicos, produciendo este admirable latido de tradicionalidad que anima las crónicas, y que siendo efecto de animada y profunda unidad cultural, es a la vez una de las causas que contribuyen a la gran expansión de la influencia castellana a fines del siglo XV»²⁸.

²⁶ MARAVALL, J. A., *art. cit.*, p. 84.

²⁷ MARAVALL, J. A., *art. cit.* p. 85.

²⁸ MARAVALL, J. A., *art. cit.*, pp. 87-88.

España, pues, no es una creación de Castilla, como afirmó la generación del 98 y repitió Ortega²⁹. España

«existe antes de que Castilla tome una posición preponderante, como idea en la que se va expresando la totalidad de un grupo humano, que con decisivos elementos comunes habita en la Península. Es como una compleja y rica trama a través de la cual, a partir de un momento dado históricamente, cumple su función de urdimbre la idea hispánica»³⁰.

España adquiere su identidad propia entre la época visigótica y finales del siglo xv, pero siempre dentro de la tradición europeo-occidental. No es que no reciba influencias provenientes de otros pueblos, especialmente del árabe, pero esos influjos se inscribieron siempre en el interior de una identidad propia y distinta. De ahí que Menéndez Pidal escriba:

«Es preciso comprender la España antigua, no tangente, sino inscrita en el círculo histórico-occidental, dentro del cual ella vive y al cual ella eslabona con el otro gran círculo, el islámico»³¹.

Américo Castro frente a Ortega y Menéndez Pidal: España no se constituye a partir de los visigodos

Hemos visto dos ideas de España, la de Ortega y la de Menéndez Pidal, coincidentes no sólo en el tiempo sino en muchos puntos concretos. Para ambos, en efecto, España se constituye y adquiere identidad propia a partir de los visigodos. Pues bien, ésta es la tesis que combatirá insistentemente otro de los grandes estudiosos de la identidad española, Américo Castro (nacido en 1885), un hombre una generación más joven que Menéndez Pidal (nacido en 1869) y contemporáneo de Ortega (nacido en 1883). Su tesis es que no cabe llamar «españoles» a los iberos, a los hispanorromanos o a los visigodos. La «morada vital» propia del español se constituye en los siglos medievales, en el proceso de convivencia entre judíos, moros y cristianos. Cuando, con posterioridad a la Edad Media, se reprimió la libertad en que las tres culturas vivieron durante siglos en nuestro territorio, comenzó lo que Castro llamó «la edad conflictiva», en la que la vida se convirtió en un «vivir desviviéndose». Esa anomalía es la que explicaría el peculiar modo de instalación de España en el continente europeo, por una parte, y de los propios españoles entre sí.

²⁹ ORTEGA Y GASSET, J., *España invertebrada*, en en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 2005, vol. III, 447: «No se le dé vueltas: España es una cosa hecha por Castilla». «Castilla ha hecho España, y Castilla la ha deshecho» (p. 455).

³⁰ MARAVALL, J. A., *art. cit.*, p. 90.

³¹ MENÉNDEZ PIDAL, R., *La España del Cid*, Madrid, Madrid, 1929, vol. I, p. 62. Cit. Por Maravall, *art. cit.*, p. 92.

Américo Castro 1949: El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos

El año 1949, Américo Castro publicó en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* un extenso artículo titulado «El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos.» En él, y en el capítulo titulado «Los visigodos no eran españoles» de su libro de 1954 *La realidad histórica de España*³², propuso un nuevo enfoque del tema que nos viene ocupando. Su idea, basada en Dilthey y Max Scheler y en la sociología del conocimiento que este último propició en Alemania en las décadas de entreguerras, era que España no es un «hecho» que pueda estudiarse con instrumentos propios de la historiografía positivista, sino un «valor». Fue su gran crítica al enfoque de Claudio Sánchez Albornoz, que a él le pareció tan rigurosamente positivista en el manejo de los hechos como miope para las cuestiones de valor.

«Sorprende que la historia haya seguido escribiéndose como si la historia fuera solo una objetividad trascendente respecto a la vida. La historia ha seguido y seguirá siendo, o positivista (el hombre es un trozo de naturaleza), o abstracta y extravital (hegelianismo). Frente a eso ha parecido útil iluminar la conciencia del propio vivir, tan familiar a los hispanos, con el pensamiento extrarracional (no físico-naturalista) de algunos filósofos europeos. De ahí mi ensayo histórico, *España en su historia*, no fácil de entender y de criticar para quien no tenga la paciencia de enterarse de qué estamos hablando»³³.

España no se define por los hechos sino por la «morada vital» o «vividura»

Para Castro, España no es un simple toponímico sino un mundo de valor, lo que Castro llama una «realidad humana» muy distinta de la «realidad físico-biológica» de sus miembros. Esto es lo que denomina «estancia vital» o «vividura».

«Un pueblo, como un individuo, es una realidad única y no genérica como la del pájaro, el árbol o la roca; de ahí que ni el pueblo ni el individuo sean captables mediante conceptos, esas pinzas de que se sirve la razón para asir los objetos naturales o los matemáticos [...] De ahí que convenga, al querer historiar el vivir de un pueblo, oír a las gentes sintiéndose vivir; como en las novelas, son los personajes y no el autor quienes han de hacerse presentes. Un libro de historia debe fundarse, en cuanto sea posible, sobre las expresiones de la conciencia del vivir personal y colectivo. Sólo así se hará manifiesto

³² CASTRO, A., *La realidad histórica de España y otros ensayos*, Madrid, Trotta, 2021, pp. 75-92.

³³ CASTRO, A., «El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos», *Nueva Revista de Filología Española* 1949; 3(3): 234.

el sentido de los “hechos” que, por sí mismos, son como criaturas vagantes y perdidas en busca de un albergue»³⁴.

Crítica de la historiografía positivista

De ahí la primera parte del título del artículo de 1949, «El enfoque histórico.» La tesis de Castro es que la historiografía positivista desenfocó las cosas, al considerar históricos sólo los hechos y reducir todo a hechos. En el caso de España, eso llevó a pensar que era español todo lo que había sucedido en la Península Ibérica.

«Si la historia que se escribe ha de mantener viva la vida, ha de procurar asimismo evitar, si puede, la caída en lo inconexo y arbitrario. No creamos, por ejemplo, que es español todo lo acaecido en la tierra llamada hoy España, ni italiano cuanto ofrezca el pasado en la tierra de Italia. El pasado de un pueblo nos aparece como una continuidad ininterrumpida, dada en un espacio geográficamente estable. Como la escena de la historia nunca está desierta, el espectador cree ingenuamente que la obra es siempre la misma. De ahí que se llamen españolas las pinturas de las Cuevas de Altamira, y se piense que fueron españoles Trajano, San Isidoro de Sevilla y Viriato, lo mismo que lo son Cervantes, Unamuno y los académicos de la Lengua, definidores del sentido del vocablo “español”»³⁵.

La no hispanidad de los visigodos

La tesis de Castro es que carece de sentido hablar de España antes de la invasión musulmana y ulterior reconquista. De ahí su tesis:

«Pienso que el adjetivo *español* no puede aplicarse con rigor a quienes vivieron en la Península Ibérica con anterioridad a la invasión musulmana. Si llamamos *españoles* a visigodos, romanos, iberos, etc., entonces hay que denominar de otro modo a las gentes en cuyas vidas se articula lo acaecido y creado (o aniquilado) en aquella Península desde el siglo x hasta hoy. Al afirmar que el busto de la Dama de Elche o las *Etimologías* de San Isidoro son obras españolas, lo que se quiere decir es que ambas fueron obra de personas que habitaban en lo que hoy llamamos España, y que para nosotros aparecen como eslabones de la continuidad llamada historia de España. Ahora bien, imaginemos en un acceso de fantasía que a algunos de los más instruidos españoles de ahora les fuera posible presenciar la vida de la Península Ibérica,

³⁴ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», 228.

³⁵ *Ibid.*

desde la época romana a la moderna, y morar en Tarraco, Emerita Augusta, luego en la capital del reino visigodo, Toletum, y venir en fin a Burgos entre los años 1050 y 1100. El español culto de hoy, una vez habituado el oído al dialecto local, sin duda podría conversar con personas conocidas, con el Cid y con burgueses y burguesas. La impresión sería, sin la menor duda, que aquello se parecía mucho a España, en el habla y en la manera de *estar* en la vida. El retrospectivo viajero se habría hallado, por el contrario, sin el menor enlace al pretender convivir con los habitantes de Numancia, Gades, Hispalis o Asturica Augusta. Resultado igualmente negativo lograría al visitar en 1050 a Toledo, Sevilla o Elvira-Granada, entonces bajo el dominio musulmán»³⁶.

La no hispanidad de los hispano-árabes

A Castro le importa resaltar especialmente la no españolidad de los árabes.

«¿Diremos que son españoles Averroes y Maimónides, nacidos en España? ¿Podemos, en rigor, llamar España a la Córdoba donde nacieron?»³⁷.

La vividura hispana: el «vivir desviviéndose»

¿Cuál es la vividura propia del español? La respuesta de Castro es que consiste en «vivir desviviéndose.» Frente a los intentos de entender España desde la geografía, desde la hidrología o desde cualquier otro dato positivo, Castro cree llegado el momento de

«convertir el inseguro deslizarse de la vida, el desvivirse, en una función del mismo vivir, en una modalidad de existencia»³⁸.

La vividura española se gesta en la lucha, primero contra los musulmanes, luego contra los judíos y más tarde contra los protestantes.

«El hispano hubo de luchar por su existir en la creencia, en una ortodoxia, frente a los musulmanes primero, luego frente a los judíos, protestantes o descreídos. Los franceses y los ingleses aceptaron, a la postre, la compatibilidad entre ser francés o inglés y tener creencias religiosas distintas de la tradicional, o no tener ninguna. Para la gente hispano-lusitana tal situación crea un agónico existir, centro (si cabe aquí hablar de centro) de la estructura funcional del vivir, desnuda de cuanto no sea el dinamismo de la creencia»³⁹.

³⁶ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 229.

³⁷ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 232.

³⁸ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 235.

³⁹ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», pp. 236-237.

La vividura española se constituye frente a los visigodos y sus herejías: el priscilianismo (IV), el arrianismo (V-VI), el adopcionismo (VIII).

Así definida la vividura hispana, Américo Castro cree posible fijar el momento de su aparición, y por tanto datar la partida de nacimiento de España.

«La sostenida conciencia de existir como un no existir, de poner una y otra vez a prueba la posibilidad de la imposibilidad, carece de semejante tanto en Occidente como en Oriente. Ahondar en ello es necesario para percibir la presencia de la estructura funcional, tan constante como irreductible a nada genérico o abstracto. Gracias a ella podemos saber cuándo comienza a existir *eso* que constituye unívocamente la realidad hispana»⁴⁰.

Los visigodos, concretamente, no fueron españoles.

«El pasado visigótico, como realidad efectiva, iría quedando en remota lejanía. La historia se hará en adelante como un independiente caminar hacia el sur de seis grupos humanos –gallegos, leoneses, castellanos, vascos, aragoneses y catalanes–, que como seis jinetes, inician su marcha pertrechados cada uno con su habla, y con su plan de vida. Del entrecruce de sus funciones vitales saldría la estructura funcional del vivir de los españoles»⁴¹.

El priscilianismo del siglo IV, el arrianismo de los siglos V y VI y el adopcionismo del siglo VIII son ajenos a la vividura española. Más aún, ésta surgió en pugna con ellos. Tras lo cual concluye Castro:

«La historia es la más paradójica de las realidades: la ortodoxa y católica España se hizo posible merced a una herejía inicial, y a haber adoptado una perspectiva de valores opuesta diametralmente a la de la monarquía visigoda. Sin la rebeldía de la excéntrica y creyente Galicia, y sin la rebeldía de cántabros y vascones, secularmente impetuosos, los seis jinetes norteños, a caballo sobre hablas toscas y ánimos seguros, ni hubieran marchado hacia el sur, ni hubieran resistido las ambiciones del norte»⁴².

La conclusión de Castro es que los visigodos no sólo no fueron españoles, sino que la vividura española se forjó frente a ellos. No está en el priscilianismo gallego el origen de España sino en la lucha contra él; o mejor, en su figura antitética, Santiago Apóstol.

⁴⁰ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 242.

⁴¹ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 261.

⁴² CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 263.

«Durante los primeros siglos fue Galicia la que ofreció el programa más original y más fecundo para la cristiandad hispana: el culto bélico a Santiago Apóstol, debelador de la morisma, futuro patrón de España»⁴³.

El argumento central de la obra de Castro es que un pueblo se constituye como tal no por sus hechos sino por sus valores, y que los valores de lo que llamamos España surgieron en los siglos de la Reconquista. Los musulmanes hacían la Guerra Santa, y los cristianos les respondieron con otra guerra santa, ahora bajo la advocación de Santiago Apóstol o Santiago matamoros. Un testimonio que vale por mil es el del *Cantar de Mio Cid*, cuando dice «los moros llaman Mafómat, e los chirstianos Santi Yagüe.» Nada anterior a esa cruzada habría podido llamarse España.

En el mismo número de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* en que Castro publicó el artículo que hemos comentado, un discípulo suyo, pero también y sobre todo de Menéndez Pidal, Rafael Lapesa, escribió una amplia reseña del libro de Castro, *España en su historia: Cristianos, moros y judíos*, publicado el año anterior, en 1948. Lapesa alababa el libro, pero reprochándole su poca atención al fenómeno godo y visigodo, como era de esperar en un discípulo directo de Menéndez Pidal.

«El recuerdo de la España goda hubo de ser especialmente eficaz [en los siglos de la reconquista]; la ilusión de restaurarla fue estímulo constante para los españoles durante la Reconquista. Y habría que preguntarse si esta resonancia ideal del reino godo fue totalmente inerte en aspectos concretos del existir cristiano español, o si, por reacción frente a la morisma, se dio en ellos un póstumo resurgimiento goticista. Inducirían a pensar esto último el predominio de nombres góticos, tanto en la onomástica personal de los estados cristianos durante los siglos VIII al XII, cuanto en la toponimia del Noroeste peninsular; el germanismo de los usos jurídicos atestiguados en los fueros municipales o en las gestas, mucho más intenso que el manifiesto en las leyes visigodas; y acaso el florecimiento de la épica (si admitimos su lejana procedencia germánica) en la Castilla del siglo X, después de haber dormido en los días de Leovigildo o Wamba»⁴⁴.

Tras estas líneas de Rafael Lapesa es difícil no ver la teoría del «estado latente» de su común maestro de ambos, Ramón Menéndez Pidal.

La reacción frente a Castro: la hispanidad de los visigodos

Hasta aquí, las tesis de Américo Castro sobre la no hispanidad de los visigodos y las apostillas de Rafael Lapesa. Hace poco más de medio siglo que

⁴³ CASTRO, A., «El enfoque histórico...», p. 261.

⁴⁴ LAPESA, R., Recensión de «Américo Castro, España en su historia: Cristianos, moros y judíos» (Buenos Aires, Losada, 1948), en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1949;3(3):294–307. Cita en p. 305.

se escribieron esas páginas y hoy parecen ya muy lejanas. De hecho, si consultamos la historiografía más reciente, la tesis que se ha impuesto es la contraria. Cuando se produce la invasión árabe de la península, el año 711, las crónicas empiezan de hecho a hablar de «la pérdida de España», lo cual significa que la idea de España estaba ya vigente. Como ha escrito Pierre Vilar,

«para que después de 711 se hablara tanto de “la pérdida de España”, era necesario que España existiera previamente»⁴⁵.

Y Joseph Pérez:

«Si identificamos pueblo con lengua, España aparece al mismo tiempo que las lenguas románicas, es decir, no antes del siglo x, pero si nos situamos en el punto de vista de la civilización, la península ibérica se convierte en una unidad política coherente a partir de la época visigoda»⁴⁶.

Américo Castro también se hace eco en sus escritos, como Vilar y Pérez, del hecho de que «las crónicas medievales llaman a la invasión musulmana en 711 “destrucción” de España»⁴⁷, pero no cree correcto deducir de ello las conclusiones que Vilar y Pérez extraen.

A MODO DE CONCLUSIÓN

No se me ocurre mejor modo de finalizar que recordando algunas ideas de Zubiri, no por azar yerno de Américo Castro. Él escribió un libro que lleva por título *Tres dimensiones del ser humano: individual, social e histórica*⁴⁸. En él afirmó que una sociedad es un conjunto de individuos que compar-ten un «depósito de valores», generado mediante sus actos; depósito que reciben de sus mayores y «entregan» y «transmiten», transformado, a las generaciones siguientes. En eso consiste la historia, que Zubiri definió, por ello, como transmisión tradente de modos de estar en la realidad.

¿Qué es España? Un depósito objetivo de valores, resultado de nuestros actos, y que pasan de una generación a otra. Es esencial que reparemos en el término «depósito» (*parathéke*, en griego, *depositum*, en latín). El depósito es real, por más que su realidad sea distinta a la de las cosas materiales. Cada acto humano objetiva valores, y esos valores objetivos entran a formar parte de un depósito que no es de nadie pero que es de todos, y que constituye lo que He-

⁴⁵ Cit. por PÉREZ, J., *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 17.

⁴⁶ PÉREZ, J., *Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 9.

⁴⁷ CASTRO, A., *La realidad histórica de España y otros ensayos*, Madrid, Trotta, 2021, p. 75.

⁴⁸ ZUBIRI, X., *Tres dimensiones del ser humano: individual, social e histórica*, Madrid, Alianza, 2006.

gel llamaba el «espíritu objetivo». Timoteo dice en sus cartas por tres veces «guarda el precioso depósito»⁴⁹. Ese depósito que no está físicamente en ningún lugar concreto porque está en todas partes, es el resultado de las opciones de valor de todos los seres que conforman ese cuerpo social. Y todo el que venga a esta sociedad o nazca en ella, tiene que asumir, *velis nolis*, su depósito. Luego, con sus opciones de valor, cada individuo que viva en ese medio irá enriqueciendo con sus actos positiva o negativamente ese depósito, es decir, transformándolo.

Ese depósito es «real» pero no en el sentido de las cosas «físicas». No es una realidad «natural» sino «cultural», porque es el resultado de nuestro cultivo de los valores.

Hay valores de muy distinto tipo, económicos, culturales, religiosos, etc. Esto ha hecho que la historiografía de las últimas centurias se dividiera en varias tendencias, según los valores que considerara nucleares. En la historiografía tradicional se atendió sobre todo a la transmisión de los valores culturales y espirituales; el resultado es lo que hoy se conoce con el nombre de «historia de ideas». Los historiadores del derecho hicieron hincapié sobre la importancia de la «historia de las instituciones», en especial el Estado. Para ellos, lo que constituye una nación es el Estado y el articulado legislativo que genera. Y una historiografía más reciente, a partir de Marx, ha llamado la atención sobre la importancia de la «infraestructura económica». Son diferentes estratos, pero de algo que es unitario, porque todo son «valores».

Américo Castro no fue un historiador de la economía, ni tampoco un historiador de las instituciones. Un historiador de las instituciones fue, por ejemplo, Claudio Sánchez Albornoz, y precisamente a eso se debe su polémica con Américo Castro. Éste se mantuvo siempre en la «historia de ideas», o en lo que hoy suele conocerse con el nombre de «historia de mentalidades».

A Américo Castro le tocó sufrir bastante, precisamente porque quiso hacer historia de ideas y de mentalidades en un momento en que en la historia de España dominaban dos de esos modos distintos de entender la historia, el más moderno que ponía el acento en la infraestructura económica y el más clásico que se fijaba sobre todo en las instituciones y la ideología. Los primeros prácticamente ignoraron a Castro, considerándole puramente «ideológico». Y los segundos, como Sánchez Albornoz, le combatieron.

Américo Castro estuvo muy influido en su concepción de la historia por Ortega y Gasset, que como buen filósofo pensaba que las ideas mueven al mundo. Y si alguna categoría es central en la obra de Ortega, es la de «vida». La vida es inseparable de las «circunstancias», y el resultado de eso, en el caso es-

⁴⁹ 1 Tim 6,20; 2 Tim 1,12.14.

pañol, es lo que Castro llamó «vividura» y «morada vital». Los españoles habrían ido construyendo un modo peculiar y específico de vividura, consistente en «vivir desviviéndose», lo que explicaría las grandes hazañas espirituales de la «morada vital» de nuestro pueblo, y también nuestras grandes catástrofes, a la cabeza de las cuales Castro sitúa el guerracivilismo, que a él tanto le preocupó. Y cree encontrar los orígenes de este extraño fenómeno en el conflicto entre «castas» (judíos, moros y cristianos), patente en la Edad Media y latente en la Época Moderna. La «vividura» española se constituyó en esta lucha de castas, lo que hizo de España una nación excéntrica en la cultura occidental, quizá por su posición geográfica entre dos continentes, Europa y África, y dos mares, el Mediterráneo y el Atlántico. La Península Ibérica ha sido el punto de encuentro entre Oriente y Occidente, entre Roma y el Islam, la cultura cristiana y la musulmana, y a España no cabe entenderla más que como el resultado de esa fusión, que consiste tanto en «asimilación» mutua como en «confrontación». Esta sería la riqueza y también la debilidad de nuestro modo de ser y de vivir, y por tanto de nuestra historia.